

era difícil tomarla por otra cosa que por una piedra) tenía la forma y el colorido exacto de una nariz, pero de una nariz colosal, de la cual hubieran podido hacerse centenares de narices de tamaño regular. Levantada de un modo desesperado hasta el cielo, aquella nariz tenía todas las apariencias de hallarse dominada por un gran dolor. El misterioso ruido procedía sin duda de la nariz fenomenal.

Mederico, después de examinar atentamente la roca, dudó un instante, no atreviéndose á creer en sus ojos; pero al fin, reconociendo un objeto amigo, exclamó maravillado:

—¡Eh, hijo mío! ¿Por qué se pasea tu nariz sola por los campos? Que me muera ahora mismo si no es ella la que produce un ruido tan extraño.

A aquellas palabras, la nariz (contra su apariencia, la roca era en efecto una nariz) se agitó, y un estremecimiento del terreno se dejó sentir á la aparición de un enorme obelisco levantado en el suelo de repente, el cual se agitó, se replegó, se irguió, hasta que surgiendo de él una cabeza, un pecho, dos brazos y dos piernas, pudo verse una figura colosal conocida nuestra, que después de aparecer se sentó sobre un monte colocó las manos en los ojos y comenzó á sollozar amargamente.

—¡Ya lo sabía yo!—dijo el sitiado enano;—ya sabía yo que sólo mi querido amigo podía poseer tan soberbia nariz. Los dos somos muy desgra-

ciados en este momento; pero te juro que mi idea fué solo ausentarme de ti por diez minutos, y que si me hallas aquí al cabo de diez horas, es sólo por los traidores rayos del sol y las zarzas llenitas de ricas moras. Ahora arroja de aquí á ese dogo miserable y hablaremos más libremente.

Sidonio, con lágrimas en los ojos, alargó el brazo, cogió al dogo por el cuello, le balanceó un segundo y le envió gruñendo y ladrando hasta el cielo con una violencia de millares de leguas por minuto. Mederico siguió con la vista aquella ascensión, y cuando le vió penetrar en la esfera de atracción de la luna, batió las palmas, felicitando á su compañero por haber poblado ese satélite para felicidad de los astrónomos futuros.

—Muy bien, querido; ¿y nuestro pueblo?

Sidonio, en vez de responder, lanzó un gemido y estalló de nuevo en sollozos.

—¡Qué!—replicó Mederico;—¿ha muerto el pueblo? ¿Le habrás aplastado tú en un momento de aburrimiento, reflexionando que los pueblos-reyes están sujetos á abdicaciones como los demás monarcas?

—Hermano, hermano—murmuró Sidonio llorando;—nuestro pueblo se ha portado muy mal.

—¿De veras?

—Se ha incomodado por una tontería.

—¡Qué imbécil!

—..... S..... me ha arrojado vergonzosamente.

—¡Qué grosero!

—Como un gran señor no se atreve á arrojar á un lacayo.

—¡Sublime aristócrata!

A cada queja Sidonio suspiraba profundamente. Al terminar prorrumpió en desgarradores lamentos.

—Hijo mio—replicó Mederico—es muy triste para un amo verse despedido por sus criados, pero no veo motivo para tu desesperación; y si tu dolor no me probara una vez más la ternura de tu alma y tu ignorancia del trato social, te regañaría por afligirte así á causa de una aventura muy frecuente. Leeremos algo de historia uno de estos días, y verás cómo es una costumbre vieja el ser arrojados los reyes por los disgustados súbditos. A pesar de cuanto digan ciertas gentes, Dios no tuvo la singular idea de crear una raza especial con el objeto de imponer á sus hijos, amos elegidos por él de padres á hijos. No te asombre, pues, que los gobernados quieran llegar á ser gobernadores, llenando así la ambición á que tiene derecho todo hombre. Siempre consuela poder razonar nuestras desgracias; seca tus lágrimas, buenas en una mujer ó en un fátuo necesitado de adulaciones, que hubiese olvidado su oficio de hombre al ejercer demasiado tiempo el de rey; pero nosotros, monarcas de un día, sabremos marchar sin más escolta que nuestra sombra y vivir á la luz del sol, teniendo por

reino el polvo donde se posan nuestros piés.

—Sí—respondió Sidonio con doliente acento.

—La profesión me gustaba; me batía brazo á brazo; adornábame constantemente con los trajes de fiesta; dormía sobre mullida paja. Razona, habla lo que quieras, pero yo sigo llorando mi desgracia.

Después, deteniéndose bruscamente en medio de un sollozo,

—Escucha cómo han ocurrido las cosas.

—¡Hombre!—interrumpió Mederico;—la desesperación te hace hablador.

—Esta mañana á las seis, cuando dormía tranquilamente, despertóme un rumor extraño. Abrí los ojos y contemplé á mi pueblo rodeando mi lecho, esperando con impaciencia mi despertar. Bueno, dije; algo ocurre, y en las atribuciones de Mederico está enterarse y poner remedio.—Y me volví del otro lado. Transcurridos unos minutos, sentí que mis súbditos me tiraban respetuosamente de la túnica, y por fuerza tuve que abrir de nuevo los ojos. El pueblo se impacientaba, y yo también de que tu voz no vibrase en mi oído. Me senté, y un murmullo de satisfacción acogió mi movimiento... ¿Me comprendes, hermano? ¿Sé pintar la escena?

—Perfectamente; pero si sigues tan prolijo, no acabarás hasta mañana. ¿Qué deseaba el pueblo?

—¡Ah! Un viejo se aproximó á mí, conduciendo una vaca atada con un cordel, y después de

colocarla delante de mi, á derecha é izquierda del animal se formaron dos grupos de aspecto amenazador, que gritaban á un tiempo: «¡La vaca es blanca! ¡es negra!» Entonces el viejo, con humildes reverencias, me preguntó: «Señor, unos dicen que es blanca, otros que es negra: ¿es negra, ó es blanca?»

—Era un caso de alta filosofía—interrumpió Mederico.—¿Pero la vaca era negra?

—Negra precisamente, no.

—¿Era blanca?

—Tampoco. Yo me cuidaba muy poco del color del animalejo, porque era cosa de tu incumbencia, pero tú no respondías; y yo, creyendo que ensayabas tu discurso, para dar tiempo á los preparativos oratorios, me preparé á volver á echarme. El viejo, inclinado en perpétua corte-sía, sintiendo cansada su espina dorsal, repitió más vivamente: «Señor, ¿es blanca, ó es negra?»

—Querido, dramatizas tu relato según todas las reglas del arte. Poco trabajo me costaría hacer de tí un actor trágico. Continúa.

—¡Ah, perezoso!—me dije;—duerme como un rey. El pueblo comenzaba á impacientarse, y yo pensé despertarte sin que nadie se apercibiera: introduje un dedo en mi oreja izquierda, estaba vacía; hice lo propio en la derecha, no había nadie. Por aquellos gestos el pueblo se mostró disgustado,

—¡Pardiez! ¿ignoras la mimica hasta ese punto?

Rascarse una oreja es señal de perplejidad, y tú, en el momento de resolver un problema, te rascas las dos!

—Hermano, yo estaba muy turbado. Me levanté sin prestar atención al pueblo, busqué en el bolsillo derecho del gabán, en los de los pantalones; nada. Mi hermano Mederico no estaba junto á mí. El pueblo, estupefacto ante tan singular ejercicio, sospechó que buscaba alguna razón en el fondo de mis bolsillos, y esperó por espacio de un minuto; pero viendo fallidas sus esperanzas me silbó sin respeto como al último de sus animales de carga. Confiesa, hermano, que era necesaria una cabeza privilegiada para escapar sano y salvo de semejante situación.

—Lo confieso, querido. ¿Y la vaca?

—¡La vaca! eso es lo que me preocupaba. Cuando adquirí la triste certeza de que era necesario lanzarme á hablar en público, llamé en mi ayuda todo el mejor sentido posible para mirar á la vaca y verla sin prevención. El viejo, erguido y altivo, me gritó con cólera cercado por el pueblo: «¿Es blanca? ¿es negra?» En el fondo de mi alma existía la profunda convicción de que el animal era negro y blanco al mismo tiempo; pero su marcado deseo de verle unos blanco y otros negro me turbaba.

—¡Qué pobre de recursos eres, hermano! El color de los objetos depende de la posición de las gentes. Cada grupo veía por distinto costado á la

vaca, y por eso ambos querían tener razón. Tú que la veías de frente podías juzgar de distinto modo, no sé si con justicia, puesto que si alguien hubiese estado colocado á la cola, tal vez la hubiera visto bajo un nuevo aspecto.

—No filosofes tanto, puesto que no tengo la pretensión de creer mi juicio el mejor de todos. Sólo digo que la vaca era negra y blanca y lo sostengo. Mi primera idea fué la de comunicar á la multitud lo que mis ojos veían, y así lo hice, teniendo la inocencia de creer que aquella decisión era la mejor posible y contentaba á ambos partidos.

—¿Y qué, hablaste?

—No podía permanecer mudo delante del pueblo, ávido de frases como la tierra ansiosa de lluvia tras largos meses de sequía. Los burlones, al verme vacilar, gritaban que mi dulce voz de golondrina había desaparecido y no volvería hasta la época de hacer los nidos. Después de mascullar muchas veces las palabras entre los dientes, cerrando los párpados, cruzando los brazos, pronuncié estas palabras con el tono más atiplado posible: «Mis queridos súbditos, la vaca es negra y blanca á la vez.»

—¡Oh! vaya, vaya; ¿en qué escuela has aprendido, pobre amigo, á hacer discursos tan breves? ¿Te he dado yo nunca tan mal ejemplo? Teniendo materia para llenar dos volúmenes, tuviste valor para reducir el fruto de tus observaciones á

tan cortas frases! Juraría que te han comprendido y perdiste tu preponderancia.

—Te creo, hermano, porque hablé muy despacio. Todos, hombres, mujeres, niños y viejos, tapáronse los oídos, miráronse aterrados, como si hubieran oído el estruendo de un trueno cernerse sobre sus cabezas, después de lo cual gritaron á coro: «¿Quién es el bárbaro que se permite semejantes bufidos? Nos han cambiado á nuestro rey y señor, cuya dulcísima voz hacia las delicias de nuestros oídos. Huye, desgraciado, gigante horroroso; únicamente sirves para asustar á los chiquillos malos. ¿Habéis oído al muy imbécil declarar que la vaca blanca, es negra? ¡Es blanca! ¡Es negra! ¡Se quiere burlar de nosotros diciendo que es negra y blanca! ¡Pronto, largo de aquí! ¡Vaya unos puños inútiles! ¡Qué ordinariamente luce esos preciosos atavíos, como si en su vida los hubiera usado! Quitatelos para correr más de prisa. Ya nos has curado del afán de poseer un rey, si es que esa enfermedad tiene cura. Corre, corre lo más pronto que puedas y deja libre este reino. ¿En qué pensamos el día que juramos fidelidad á un fenómeno de altura? Nadie es mejor formado que un mosquito; ¡con qué gusto nos veríamos mandados por él!»

Sidonio, al recordar aquel tumulto, no pudo dominar su emoción. Mederico no pronunció una palabra, temiendo que su compañero esperase sus consuelos para desesperarse doblemente.

—El pueblo—replicó—me arrojó fuera del territorio, y yo retrocedía paso á paso, sin intentar defenderme, sin atreverme á abrir los labios, procurando ocultar mis puños tan ofendidos por la chusma. Soy, según sabes, muy tímido y nada me contraría tanto como ver á la muchedumbre ocuparse de mí; de modo que cuando me hallé en pleno campo tomé mi partido: volví la espalda á los revolucionarios y corrí con toda la extensión de mis piernas, sin dejar de oír sus censuras, por una carrera tan precipitada como antes censuraban mi calmosa marcha. Llámaronme traidor, me amenazaron con sus puños, sin pensar que yo podía recordar los que poseía, y por último, me arrojaron piedras cuando estuve fuera de su alcance. ¡Ya ves, querido Mederico, qué triste aventura!

—Vamos, valor—respondió cuerdamente el enano.—Celebremos consejo. ¿Que te parecería una ligera corrección administrada al pueblo, no para hacerle cumplir con su deber (puesto que no los creo obligados á sufrírnos si no les gustamos ya), sino para enseñarle que no se arroja impunemente á la calle á personas como nosotros? Yo opino por una lluvia de bofetones.

—¡Bah!—dijo Sidonio.—¿Has leído semejantes castigos en la historia?

—¡Ya lo creo! Muchas veces los reyes arrasan un pueblo, otras los pueblos cortan la cabeza á los reyes; ya ves que es una dulce reciprocidad.

Si esto puede distraerte, aplastemos á aquellos por quien ayer aplastamos á otros.

—No, hermano mío; sería un triste entretenimiento; no soy de los que tienen gusto en comerse los pichones de su palomar.

—Bien dicho—hijo mío;—leguemos entonces el pesar de echarnos de menos, al rey nuestro sucesor. Por lo demás, este reino es demasiado pequeño y no podías menearte en él sin pasar sus fronteras. Hay que buscar rápidamente el Reino de los Dichosos, que es un gran país donde reinaremos á nuestro gusto. Marchemos juntos, sobre todo empleando algunos días en perfeccionar nuestra educación, y tomando una idea exacta de este mundo, uno de cuyos rincones vamos á gobernar. ¿Te parece bien, querido?

Sidonio no lloraba, ni reflexionaba, ni hablaba; sus lágrimas le habían puesto por un momento pensamientos en el cerebro y palabras en los labios; pero entonces permanecía mudo.

—Escucha y no respondas—añadió Mederico—abandonemos nuestro reino de ayer y dirijámonos hácia el Oriente en busca de nuestro reino de mañana.

VIII.

LA AMABLE PRIMAVERA, REINA DEL PAÍS DE LOS DICHOSOS

Ya es tiempo, Ninon, de que te cuente las maravillas del Reino de los Dichosos, describién-

dote los detalles que Mederico conocia por su amigo el pajartito.

El Reino de los Dichosos está situado en un mundo que los geógrafos no han podido aún descubrir; pero muy conocido por las buenas gentes de todos los tiempos que lo han visitado en sueños muchas veces. Yo no sabré decirte nada sobre la medida de su superficie, la altura de sus montañas y la longitud de sus ríos; las fronteras no están todavía perfectamente señaladas, y la ciencia del geógrafo consiste, en ese país afortunado, en medir la tierra por pequeñas parcelas, según las necesidades de cada familia. No reina allí continuamente la Primavera, como podrias imaginarte, sino que la flor tiene sus espinas, las planicies están rodeadas de grandes rocas, y los crepúsculos están seguidos de noches sombrías, como á su vez de blancas auroras. La fecundidad, el clima sano, la belleza suprema de este reino, proviene de la admirable armonía, del sabio equilibrio de los elementos. El sol madura los frutos que la lluvia hizo crecer; la noche borra las arrugas del trabajo fecundo del día; nunca el fuego quema las cosechas, nunca el frío detiene los arroyos en su curso; nadie es déspota, todo se equilibra, entra en el orden universal; de manera que este mundo, compuesto en igual cantidad por todas las influencias contrarias, es un país de paz, tranquilidad y justicia.

El Reino de los Dichosos está muy poblado.

¿Desde cuándo? Se ignora; pero de seguro, nadie daría á esta nación más de diez años de vida. Aun no duda de la perfectibilidad del género humano, y vive pacíficamente sin necesitar dictar cada día para mantenerlo una ley, veinte leyes más, cada una de las cuales necesitaría á su vez otras veinte para ser igualmente cumplida. El edificio de la iniquidad y la opresión no está aún más que en los cimientos, y algunas grandes ideas, tan sencillas como ciertas, son las únicas reglas seguras; la fraternidad ante Dios, la necesidad del descanso, el conocimiento de la nada de las criaturas, la vaga esperanza de una tranquilidad eterna; existiendo un convenio tácito entre estos viajeros de una hora, que se preguntan por qué codearse ni precipitarse cuando el camino es ancho y lleva á los grandes y pequeños á la misma puerta. Una naturaleza armoniosa, siempre semejante á sí misma, ha influido en el carácter de los habitantes que tienen como ella un alma rica de emociones y accesible á todos los sentimientos, alma cuya menor pasión exagerada, produciría tempestades, y que goza de una calma inalterable por la justa repartición de las buenas y malas facultades.

Ya ves, Ninon, que ni son ángeles ni su mundo es un paraíso. Un soñador de nuestros países calenturientos se acomodaría mal á esta región templada, donde el corazón late con regularidad al soplo acariciador de un aire suave y templado

y desdeñaría estos tranquilos horizontes bañados con una luz ténue sin tempestades ni rayos abrasadores. ¡Pero qué dulce patria para aquellos que salidos ayer de la nada, se acuerdan suspirando, del buen sueño dormido en la eternidad pasada y que esperan de hora en hora el reposo de la eternidad futura! A éstos les apenas sopor-tar la vida, y aspiran al equilibrio, á la santa tranquilidad que les recuerda su verdadera esencia: la del no ser. Sintiendo á la vez buenos y malos, han tomado por ley borrar hasta donde sea posible las criaturas de la tierra, devolviéndoles su sitio en la creación y arreglando las armonías de su alma con las del universo.

En semejante país no pueden existir jerarquías, pues contentándose con vivir sin separarse en razas enemigas, se ahorran de tener historia. Rechaza esos golpes de fortuna de que se aprovechan ciertos hombres para dominar á sus hermanos, y que les dan una parte de inteligencia mayor que la parte común de que el cielo puede disponer para cada uno de sus hijos. Valientes y cobardes, idiotas y hombres de genio, buenos y malos, se resignan en este país á no ser nada por sí mismos, reconcentrando su único mérito en formar parte de la familia humana. De este pensamiento de justicia ha nacido una sociedad modesta, un poco monótona á primera vista, por carecer de brillantes personalidades, pero de admirable conjunto, no obedeciendo á ningún odio

y constituyendo un verdadero pueblo en el sentido más exacto de la palabra.

No hay, pues, ni pequeños ni grandes, ni ricos ni pobres, ni dignidades, ni escala social; los unos arriba y los otros abajo, y éstos empujando á aquéllos: hay sólo una nación indiferente, viviendo con tranquilidad, amando y filosofando. En fin, allí los hombres no son hombres. Sin embargo, en los primeros tiempos de este país, para no caer en ridículo ante sus vecinos, sacrificaron sus ideas y nombraron un rey que no era necesario, pero adoptaron esta medida como una simple formalidad y hasta como medio ingenioso de abrigar su libertad á la sombra de la monarquía. Escogieron el más humilde de los ciudadanos, no tan idiota que pudiera convertirse en perverso, sino con inteligencia suficiente para saber que era hermano de sus súbditos. Esta elección fué una de las causas de la pacificación del reino, porque el rey olvidó poco á poco que tenía un pueblo, y el pueblo que tenía un rey. El gobierno y los gobernados se protegieron mutuamente, casi sin conciencia de ello; las leyes se cumplían por lo mismo que no se hacían sentir, y el país gozaba de un orden perfecto, resultado de su posición única en el mundo. Una monarquía libre en un pueblo libre.

Curiosos serían los anales de la historia de los reyes del país de los Dichosos, pues aunque los grandes descubrimientos y las reformas huma-

nitarias no abundasen, las gentes honradas gozarían al ver con qué sencilla facilidad se sucedían en el trono los hombres de aquella excelente raza, que al nacer reyes sostenían la corona como llevan los niños al nacer los cabellos rubios ó negros. La nación, que en los comienzos de su nacimiento se había tomado el trabajo de buscarse un amo, descansó en la creencia de haber votado una vez por todas. No obró así precisamente por respeto á los derechos hereditarios, pues ignoraba por completo el sentido de esa frase, sino porque tal proceder le pareció el más cómodo.

Así, pues, fuera del reino de la amable Primavera, ningún genealogista hubiera podido, remontándose, á seguir el curso del tiempo en todos sus diferentes miembros, la larga descendencia de reyes nacidos de un mismo padre. Ni aun ellos mismos se tomaron el trabajo de meditar sobre el pesado fardo legado por sus abuelos, y padres, madres, hijos, hijas, hermanos, hermanas, tíos y tías, sobrinos y sobrinas, se habían pasado el cetro de mano en mano, como una joya de familia.

El pueblo hubiera acabado por no reconocer á su rey del momento, entre una parentela numerosa y embrollada, si los príncipes mismos no se hubieran dado á conocer con cariñosa dulzura. Muchas veces se presentaban circunstancias en que un rey era absolutamente necesario, y entonces los súbditos reclamaban su legítima pre-

sencia. El que poseía el bastón de puño dorado, cogiale del rincón de su casa, donde descansaba modestamente, representaba su papel de gran personaje y volvía á retirarse al terminar la farsa, sirviendo aquellas cortas apariciones de la majestad para poner un poco de orden en los negocios de la nación.

Justo es decir, en honor de la familia reinante, que jamás al llamamiento del pueblo se presentaron dos reyes á la vez; cosa muy de notar entre herederos, donde abundan los parientes envidiosos del glorioso legado. No te puedo afirmar, sin embargo, que la amable Primavera descendiese directamente del rey fundador de la dinastía, pues no ignoras que se dan casos de que algunos individuos no sean hijos de su padre; pero de todos modos, la dignidad de reina se había transmitido hasta ella por las leyes civiles del parentesco. Corría por sus venas una sangre color de rosa, no mezclada tal vez con sangre real, pero en la cual, con certeza, había algunos átomos de la sangre del primer hombre. Magnífico ejemplo para los pueblos y los príncipes de nuestros países, ofrecía aquella dinastía desarrollándose sin sacudidas, descendiendo de edad en edad con el beneplácito de los nacidos y de los muertos.

El padre de la amable Primavera, por estar viejo y achacoso, olvidó el gran arte de sus antepasados y tuvo la singular idea de querer im-

plantar algunas reformas en el gobierno; pero afortunadamente el buen hombre murió, lo cual evitó á los súbditos el trabajo de incomodarse y de cambiar un sistema político establecido desde hacia muchos siglos, para llevar á cabo lo cual dejaron subir tranquilamente al trono á la hija única del difunto, llamada: La amable Primavera niña de doce años.

La joven, que tenía un gran sentido para su edad, se guardó muy bien de seguir el ejemplo de su padre, pues había aprendido lo que cuesta intentar la dicha de una nación, firmemente creída en que gozaba de una felicidad perfecta, y consagró su vida á consolar á los seres no mimados por la fortuna.

Según la historia, habíala dotado el cielo de una de esas almas de mujer, hechas de piedad y de amor y de esencia tan pura, que los hombres, para explicar su bondad, se han visto precisados á inventar todo un pueblo de ángeles y querubines. Si, Ninón mía; poblamos el cielo con nuestras amadas, nuestras puras hermanas, nuestras queridas madres, con todas esas almas santas que son los ángeles guardianes de nuestras oraciones. Nada pierde Dios con esta creencia, que es la mía, pues si le es necesaria una milicia celeste alrededor de su trono, los pensamientos misericordiosos de todos los corazones amantes de las mujeres son el mejor ejército que pudiese hallar.

Primavera dió desde su nacimiento pruebas de conocer la misión que venía á llenar al mando: la de proteger á los débiles y ejercitar obras de paz y de justicia. No quiero decirte que cuando su madre la dió á luz brillasen más intensamente los rayos del sol, ni ocultasen más alegría los corazones, pero te haré notar, sin embargo, que aquel día las golondrinas de palacio hablaron del acontecimiento hasta una hora bastante avanzada, y si los lobos no se enternecieron, fué porque su naturaleza no es sensible á las emociones; pero las ovejas, al pasar por la puerta, balaban dulcemente; todos los animales del país, los buenos por supuesto, dulcificaron por espacio de una hora su triste condición de brutos. Un Mesías esperado por aquellas pobres inteligencias había nacido; y yo te pregunto, sin que creas que es una burla sacrilega, si en sus sufrimientos y en sus tinieblas no les era permitido, como á nosotros, esperar un salvador.

Acostada en su cunita Primavera, al abrir los ojos concedió su primer sonrisa al perro y al gato de palacio, sentados sobre sus patas traseras con la gravedad digna de altos dignatarios, y vertió su primera lágrima tendiendo las manos hacia una jaula donde cantaba tristemente un ruiseñor; cuando para calmar su llanto presentáronle la reducida prisión, abrió sus puertas, sonriendo de nuevo al ver volar libremente al pajarillo.

Me es imposible contarte día por día su juven-

tud, entregada á los inocentes placeres de echar puñaditos de trigo al lado de los hormigueros, no en su misma entrada, para no privar á las obreras del placer del trabajo, sino á corta distancia, á fin de evitar á sus pobres miembros la fatiga, procurándose la alegría de hacer el bien ayudando á los miserables. ¡Cuántos jilgueros y gorriones salvados de entre las manos de los traviesos chiquillos! ¡cuántas cabras consoladas por una caricia de la pérdida de sus cabritos! ¡cuántas miguitas de pan arrojadas sobre los tejados para alimentar á las aves! ¡qué de pajitas tendidas á los insectos náufragos! ¡cuántos beneficios y qué de dulces palabras á todo el mundo!

Ya he dicho que desde muy pequeña descubrió su rara inteligencia; por tanto, lo que al principio había sido instintos del corazón, llegó á ser juicio claro y regla de conducta. No fué solamente su bondad natural la que la inclinaba á amar á los animales; su buen sentido, que nos sirve á todos para dominar, daba en ella el raro resultado de hacerla más cariñosa, ayudándola á comprender cuán necesario le es á las criaturas ser amadas. Cuando recorría los senderos en unión de varias doncellas de su edad, predicaba su doctrina, ofreciendo un espectáculo encantador el ver aquel doctor de sonrosados labios y gravedad sencilla, explicando á sus discípulos la nueva religión, la que enseña á tender la mano protectora á los seres más desheredados de la

suerte. Muchas veces hablaba de la gran compasión que la inspiraban los brutos privados de la palabra, sin poder explicar sus deseos y sus temores, de pasar cerca de alguno atacado por la sed y el hambre, sin poder socorrerle como una chiclela falta de caridad. De eso nace todo el desacuerdo de los hijos de Dios, desde el hombre hasta el gusano: de no comprender sus distintos idiomas, y por tanto, de no poderse atender y consolar unos á otros.

En alguna ocasión, al ver las tristes miradas de un buey fijas en ella, buscó con angustia lo que podía desear el pobre animal que tanto sufría, y no pudiendo comprenderle, se dedicó con ahínco á estudiar el lenguaje de cada animalito, ciencia que adquirió en su frecuente trato con ellos; y cuando alguien la preguntaba la manera de aprender tan diversos idiomas, motivo de disturbios entre todos los seres de la creación, respondía con dulzura: «Amad á los animales, y comprenderéis su idioma.»

Nada de profundidad se encerraba en sus razones, porque juzgaba las cosas con el corazón y no se cuidaba de las ideas filosóficas, ignoradas por ella. Su modo de ser tenía esto de extraño para este siglo orgulloso: que no consideraba al hombre sólo bajo el prisma de una obra de Dios, sino que al amar la vida en todas sus formas, veía á los seres, desde el más humilde al mayor, bajo una misma ley de sufrimiento, y en su fra-

ternidad de lágrimas no distinguía los que tienen alma de aquellos á quienes no se las concedemos nosotros. Sólo las piedras no turbaban su sensibilidad, y aun esas en las rudas heladas de Enero preocupaban su imaginación. La enternecían los animalitos como á nosotros nos enternecen los ciegos y mudos, porque no ven ni oyen.

No creas que tenía la necia idea de creer encerrado á un hombre bajo la piel de un asno ó un lobo, ideas absurdas inventadas por un filósofo, pero nada naturales en la cabecita rubia de una joven. ¡Bien egoísta fué el sabio que declaró su amor á los animales por creer ver en ellos á hombres disfrazados! La niña creía á los brutos sencillamente brutos, y los amaba lisa y llanamente, pensando que existían y experimentaban las sensaciones de gozo y dolor como los hombres. Los trataba como á hermanos, sin dejar por eso de comprender la diferencia que existe entre su ser y el nuestro, pero diciendo que Dios les dió la vida para ser consolados y atendidos.

Al subir al trono la amable Primavera, sintiendo no poder hacer obras de caridad trabajando por el bien de su pueblo, tomó la resolución de trabajar por el de los animales de su reino, y puesto que los hombres se declaraban felices por completo, se consagró á la dicha de los insectos y fieras para apagar su sed de amor.

Preciso es confesar que si la concordia reinaba

en las ciudades, no sucedía lo mismo en los bosques, y que la amable Primavera experimentaba dolorosos asombros al presenciar la guerra eterna á que viven entregadas las criaturas; sin explicarse el por qué la araña bebe la sangre de la mosca y el pájaro se traga á la araña. Una de sus mayores pesadillas consistía en ver, durante las crudas noches del invierno, una especie de ronda aterradora, un círculo inmenso formado por todos los seres reunidos, devorándose los unos á los otros, dando vueltas sin cesar, atraídos por la furia del terrible festín. El terror inundaba de sudor la frente de la niña, que comprendía lo que aquel festín tendría que durar si los seres giraban eternamente en medio de sus agonizantes gritos.

Ella juzgaba un sueño la horrenda visión, pues la inocente no tenía conciencia de la ley fatal de la vida, que no puede existir sin la muerte; y he aquí el proyecto que formó para labrar la dicha de los animales de su reino.

Apenas fué dueña del poder, hizo publicar á son de bocina, en los bosques, en los corrales y en las plazas públicas, que todos los animales que estuviesen cansados de su oficio hallarian asilo en la corte de la princesa. Y decía el bando que los pensionistas instruidos en el arte, difíciles de ser dichosos, según las leyes del corazón, gozarían de un abundante alimento exento de lágrimas. Como el invierno estaba próximo, y los alimentos esca-

sos, los demacrados lobos, los raquíticos insectos, todos los animales domésticos de la comarca, los perros y gatos errantes, en fin, lo menos cinco ó seis docenas de bestias feroces, acudieron al real llamamiento.

Alojólos en una gran extensión de terreno, prodigándoles mil tiernos cuidados desconocidos hasta entonces por ellos, y educólos bajo un sistema sencillo cómo su alma, que consistía en querer mucho á sus discípulos y predicarles un ejemplo de amor mútuo. Hizo construir para cada uno una celda semejante, sin cuidarse de sus distintas casas; los proveyó de buenos lechos de paja y heno, cubiertos de ramas en invierno y de hojas en el verano. Procuró hacerles olvidar su vida de vagabundos por los esmerados cuidados, y para lograr su deseo mandó rodear el terreno, bien á pesar suyo, de una reja fuerte que sirviera de barrera entre el espíritu revolucionario de las bestias ajenas y las excelentes disposiciones de sus discípulos. Mañana y tarde giraba una visita de inspección, reuniéndolos en un espacio común, donde los acariciaba según el mérito de cada uno, sin pronunciar largos discursos, pero excitándolos á discusiones amistosas sobre casos delicados de fraternidad y abnegación, animando á los oradores, reprimiendo á los que se descomponían. Su objeto era confundirlos á todos en un mismo pueblo, haciéndoles perder su especie y lenguaje distinto, para con-

ducirlos insensiblemente á la unidad universal. Colocaba á los débiles sobre los fuertes y se entusiasmaba al ver entablada una conversación entre la cigarra de penetrante canto y el toro de bramido furioso, los hurones y las liebres, las zorras y las gallinas. Serviales en los mismos cacharros á todos el mismo alimento, que consistía en una cantarilla de leche por cabeza, más ó menos llena, según el apetito de cada pensionista.

La amable Primavera, después de tenerlo ordenado todo, esperó los resultados, que no podían dejar de ser buenos, puesto que los medios empleados eran excelentes. Los hombres de su reino creíanse más dichosos cada día, á pesar de los filósofos que les demostraban su miseria; pero los animales, por el contrario, confesaban su desdicha y trabajaban constantemente por su felicidad. Por aquella época la princesa Primavera era, sin duda ninguna, la reina más satisfecha del mundo.

Nada más sabía Mederico sobre el Reino de los Dichosos, pues su volátil amigo le confesó su fuga sin explicarle la razón que la motivó. Opinaba el enano que debía ser un malvado el pájaro que no prefería los halagos de la niña y la leche de palacio al sol y las duras rocas.

IX

DONDE MEDERICO VULGARIZA LA GEOGRAFÍA, LA ASTRONOMÍA LA HISTORIA, LA TEOLOGÍA, LA FILOSOFÍA, LAS CIENCIAS EXACTAS, LAS CIENCIAS NATURALES Y OTRAS CIENCIAS MENUDAS.

El gigante y el enano vagaban por los campos, deseosos de llegar al fin de su camino; Mederico alojado otra vez en la oreja de Sidonio, donde descubría cada vez comodidades nuevas.

Los dos hermanos marchaban al azar, conduciéndose sólo por el capricho de las piernas del gigante, las cuales medían sin trabajo, en cada uno de sus pasos, veinte grados de un meridiano terrestre; así es que al cabo de un día de marcha, nuestros viajeros dieron infinidad de veces la vuelta al mundo. Mederico, cansado de tan prolongado silencio, no pudo dejar pasar mares y continentes sin dar una lección de geografía á Sidonio.

—¡Cuántos millones de chiquillos, encerrados en las salas frías de un colegio, se destrozan la vista en este momento mirando extenderse sobre grandes trozos de papel pintados de azul, verde y rojo, las líneas y nombres raros de un geroglífico complicado, por no poder ver por sí mismos los grandes espectáculos, reducidos con un lápiz á la más mínima expresión. ¡Quién pudiera abrirles el libro sublime que se extiende

ante nosotros, y hacerles leer de una ojeada toda su inmensidad! Pero sólo los ángeles pueden conocer la verdadera ciencia, si es que algún santo viejo les da lecciones desde allá arriba; y nosotros, puesto que Dios se digna mostrarnos este mapa natural, aprovechemos este especial favor para conversar sobre los diversos modos de ser de la tierra,

—Hermano Mederico—interrumpió Sidonio—soy muy ignorante y temo no comprenderte; por tanto, ¿para qué cansarte? es preferible que no te molestes.

—Como siempre, hijo mío, no dices más que desatinos. Tengo en este momento un gran interés en hablarte acerca de los conocimientos humanos, porque has de saber que me propongo nada menos que vulgarizar esos conocimientos. Ante todo ¿sabes lo que es vulgarizar?

—No. Aun cuando me exponga á decir una tontería, la expresión me parece estúpida.

—Vulgarizar una ciencia es diluirla para hacerla digerible á los cerebros infantiles y de pocos alcances. Los sabios desdeñan esas verdades desnudas; los niños juzgan, con razón, que los estudios serios llegan demasiado pronto, y juegan hasta la edad en que tienen que andar por el rudo sendero de la ciencia. Los tontos no se toman el trabajo de mortificar su imaginación inútilmente, y los pocos que lo hacen es para volverse idiotas, y hé aquí de qué modo á nadie

aprovecha esa idea eminentemente filantrópica, que consiste en poner la ciencia al alcance de todos; no aprovecha más que al vulgarizador. No me prohíbas, pues, querido mío, hacer un esfuerzo que halaga mi vanidad.

—Habla, puesto que tus discursos no me impiden seguir andando.

—Escucha mis juiciosas palabras. Ruégote que mires con atención los cuatro puntos extremos del horizonte; desde esta altura no distinguimos á nuestros semejantes, y podemos tomar sus pueblos por grisáceos guijarros arrojados en el fondo de los valles ó sobre las cumbres montañosas. La tierra, vista de este modo, ofrece un espectáculo de grandeza singular: aquí rocas salientes, allá cascadas brotando de los huecos de los montes; de cuando en cuando bosques que semejan manchas oscuras sobre la blancura del suelo. Esta decoración posee la belleza de los inmensos horizontes; pero el hombre, deseoso de verlo todo á su medida, halla más encanto en contemplar una choza colocada á la falda de unas rocas con dos acacias en la cumbre y un arroyito ante la puerta.

Sidonio hizo un gesto al escuchar aquel detalle poético. Mederico continuó:

—Con largos intervalos, según dicen, sacudidas aterradoras destrozan los continentes, elevan los mares, cambian los horizontes, y un nuevo acto comienza en la gran tragedia de la eterni-

dad. Me figuro en este instante ver uno de los mundos anteriores que existieron antes que hubiera geógrafos. ¡Dichosas montañas, tranquilos ríos, afortunados océanos, vivisteis en paz en siglos mejores, sin nombre ante Dios! ¡formas pasajeras de una tierra que cambió ya! Mi amigo y yo os contemplamos con los ojos del espíritu, desde elevada cumbre, como debió veros vuestro Creador, sin que tengamos idea de la profundidad de las olas, de la elevación de los montes, ni de las diversas temperaturas de los países. Abre tus oídos, Sidonio, porque ahora vulgarizo más que nunca y me hallo en plena geografía física del globo. Ya debes comprender que para el Eterno han debido existir tantos mundos como trastornos terrestres; pero el hombre, criatura de una época, no puede entrever la tierra más que bajo un solo aspecto. Desde el nacimiento de Adán, los terrenos no han cambiado, están tal y como los dejó el célebre diluvio, y me alegro, porque mi trabajo se simplifica mucho con esa circunstancia, para enseñarte sólo líneas inmóviles de configuración exacta. La memoria de la vista va á bastarnos; mira y serás sabio. El mapa es bueno, y tú tienes la suficiente inteligencia para abrir los ojos.

—Ya los abro, hermano, y veo océanos, montañas, riberas, islas y una infinidad de cosas más, que entreveo durante la noche, aun cuando permanezcan cerrados mis párpados; eso es sin

duda lo que llamas memoria de la vista. Bueno será que me digas el nombre de esas maravillas y me hables algo de sus habitantes, ya que me has descrito la casa.

—Pues bien; te he dado un curso de geografía al uso de los que reciben los ángeles, pues si se me hubiese ocurrido enseñarte con las minuciosidades con que enseñan á los colegiales de que antes te hablé, no acabaría tu educación ni dentro de diez años. El hombre se ha entretenido en embrollarlo todo sobre la tierra, y con ese fin ha dado veinte nombres distintos á la misma roca puntiaguda, ha inventado continentes, negando otros, ha fundado reinos y ha aniquilado tanto, que cada peñasco de los campos ha servido seguramente de frontera á cada nación muerta. Este rigor de líneas, esta eternidad de las mismas decisiones, sólo existen para Dios, y al introducir á la humanidad sobretan vasto teatro, se reproduce un espantoso desconcierto. ¡Es tan cómodo tomar cada cien años una hoja de papel y dibujar una tierra nueva, la del momento; Si la tierra del Creador hubiera sufrido todos los cambios de la tierra del hombre, tendríamos ante nosotros, en vez de esa carta geográfica natural, tan clara á la vista, la más extraña mezcla de colores y líneas. No me divierten los caprichos de mis hermanos, y por eso te ruego mires con atención, para que sepas, con sólo una ojeada, más que todos los geógrafos del mundo, y sorprendas todos

los misterios de la bóveda celeste, buscada por esos señores con sus niveles y sus compases. Esta es, si no me engaño, una lección de geografía físico-política algo vulgarizada.

Al terminar de hablar el maestro, el discípulo estiró una pierna y sin esfuerzo alguno colocó el pie en otro hemisferio. Eran las doce del día en uno, las de la noche en otro, y nuestros viajeros, que dejaron un sol pálido de Abril, continuaron su viaje alumbrados por la luna clarísima de una noche deliciosa. Sidonio, inocente hasta un grado superlativo, por poco se desmaya por la falta de lógica que para él ofrecía el contraste de ver al mismo tiempo el sol y la luna. Levantó la cabeza y miró á las estrellas.

—Hijo mio —le gritó Mederico— llega el momento de vulgarizar la astronomía, que es la geografía de los astros, y enseña que la tierra es un grano de arena arrojado en la inmensidad. Es la más sana ciencia de todas, tomada en dosis razonables. Poco me extenderé sobre esta rama de los humanos conocimientos, porque conozco tu modestia y tu poca curiosidad por las fórmulas matemáticas. Si tú tuvieras el menor orgullo, para curarte de esa fea enfermedad bastaría con hacer te ver con cifras en la mano las espantosas verdades del espacio. Por loco que esté un hombre, al considerar las estrellas en una clara noche, no puede conservar ni por un minuto la necia idea de un Dios que crió el universo sólo para entre-

tenimiento de la humanidad; hay ahí en ese cielo, una negación eterna á esas teorías engañosas que consideran al hombre solo en la creación, disponiendo de la voluntad divina á su anteojo, como si Dios tuviese que ser padre únicamente de la tierra. Los demás mundos ¿qué hacen? Si la obra tuvo un objeto, ¿no tenderá todo á cumplir ese fin? Nosotros, los infinitamente pequeños, aprendemos la astronomía para saber el sitio que ocupamos en el infinito. Mira al cielo, mírale bien, y por muy gigante que seas, siempre verás sobre tu cabeza la inmensidad con sus misterios; y si alguna vez te diera la mala idea de filosofar sobre tu principio y fin, la inmensidad te impedirá terminar con glorias tus observaciones.

—Hermano, vulgarizar es cosa divertida, y me gustaría saber la razón del día y la noche, extraños fenómenos en que nunca pensé.

—Es como todas las cosas que vemos sin explicárnoslas. Me preguntas lo que es el día y no atreviéndome á vulgarizar tan grave cuestión física, te diré que los sabios ignoran como tú la causa de la luz, después de haber hecho una pequeña teoría en apoyo de sus razonamientos, que no ha ilustrado más ni menos al mundo. Yo, sin embargo, voy á intentar, para mayor gloria mía una vulgarización del fenómeno nocturno. Ante todo, sabe que la noche no existe.

—¿La noche no existe? Mederico, pues yo la veo.

—Cierra los ojos y oye. ¿No sabes que sólo la inteligencia del hombre ve distintamente, y que los ojos son un regalo que el espíritu del mal nos hizo para incurrir en error? La noche no existe, es innegable, del mismo modo que existe el día; voy á explicarme. Durante el estío, en el tiempo de la recolección, cuando el cielo abrasa y los viajeros no pueden soportar el excesivo resplandor, buscan un muro á cuya sombra marchan en una obscuridad relativa. Pues bien; nosotros del mismo modo nos paseamos en este instante á la sombra de la tierra, que es lo que el vulgo llama noche. Aunque los viajeros anden á la sombra, ¿los campos vecinos no gozan de las ardientes caricias del sol? Porque nosotros no veamos donde colocar los pies, ¿ha perdido el infinito ni un sólo rayo de luz? No. La noche, pues, no existe, si existe el día.

—¿Por qué esa última restricción, hermano? ¿Puede el día no existir?

—Justamente: el día no existe si existe la noche. ¡Oh! ¡qué bella es la vulgarización, y cómo desearía tener aquí por docenas los niños para hacerles olvidar sus juguetes! Escucha: la luz no es una de las condiciones esenciales del espacio, porque es sin duda un fenómeno artificial, y si el sol palidece, como aseguran, y los astros llegaran á extinguirse un día, entonces la inmensa noche reinará de nuevo en su imperio, que es el imperio de la nada de donde salimos. Bien